

Editorial

Uno de los principales pilares de la educación de finales del siglo XX y lo que va del XXI, fue sin duda el tema de la equidad, prueba de ello lo vimos con la aparición de los modelos educativos en torno a la integración educativa, la explicación de los fenómenos sociales, la distribución de recursos entre otros.

Caso contrario y viciado de una perversidad claramente intencionada lo representan los distintos instrumentos de evaluación a estudiantes, docentes y escuelas. Nada más injusto e inequitativo que evaluar igual a desiguales en PISA, ENLACE, en el Programa de Estímulos a la Calidad Docente y, lo más seguro, en la tan nombrada Evaluación Universal de reciente aprobación.

Nos queda claro que en los ámbitos magisteriales existen resistencias para ser evaluados, los por qué de ello tienen diversas respuestas; son las contradicciones, la desconfianza en el otro y la negatividad del docente para no sacar a la luz sus deficiencias, dudas, fobias, etcétera.

También nos queda claro que es una manera de codependencia por parte de la SEP y el SNTE, al ponerse de acuerdo y apuntar a un solo responsable (el docente) de lo que no ha funcionado y sigue sin funcionar en las escuelas.

Sabemos de las cinco competencias que debe desarrollar el estudiante al final de su educación básica (comprensión lectora, producción de textos, resolución de problemas, trabajo individual y en equipo, desarrollo del sentido crítico y creativo), y también sabemos que el principal problema a la hora de resolver exámenes estriba en ello. Además, sabemos que a muchas escuelas los estudiantes asisten con un cúmulo de problemas familiares y sociales (muchos de ellos cuadros patológicos y que no es posible resolverlo sólo con pedagogía), bastantes alumnos llegan y se va de la escuela con severos problemas de nutrición, otros más

asisten diariamente sin haber probado bocado alguno y como se dice hoy: ¿así cómo?

Ese afán de querer ver a todos los estudiantes iguales, de querer evaluar igual a desiguales (no sólo en forma sino en contenido, experiencias, estímulos, motivaciones, deseos, etcétera) tiene sus puntos oscuros. En la década de los sesenta P. Jackson nos demostró que los alumnos no van a la escuela a lo que creemos los maestros y las autoridades, a ellos sólo los mueven la emociones y en un momento secundario los aprendizajes, sin embargo las emociones tienen poca o nula cabida en las aulas.

Para el caso de México no es un problema de escuela privada o pública, porque los resultados son parecidos, sino que es un problema de escuela, no nos comemos el garlito de quien dice que PISA es injusto porque el mundo es injusto (Claudio X. González), el mundo es injusto por la avaricia y el poco sentido social de muchos personajes e instituciones que influyen directamente en el mundo de la política y la economía.

Las limosnas no educan, tampoco educa el quitarle la responsabilidad al Estado y dejarle todas las culpas y desfases de la sociedad a la escuela y a los profesores; a ellos hay que exigirles mayor responsabilidad y compromiso. El Estado, por su parte, debe generar más y mejores recursos, múltiples oportunidades para los niños y jóvenes y apostar porque éstas sean eminentemente equitativa y no igualitaria.